

Veintisiete disparos sobre Tokio



La empleada del aeropuerto, tras su jornada nocturna. Sudadera de algodón, finísimo vello en el muslo. Tokio por primera vez desde la visión aérea del Scalextric. Comienza un viaje hacia el silencio y la soledad de las personas.



El primer impulso, subir a lo más alto. Millones de edificios punteados que ahogan con su misterio cualquier definición del paisaje. Vosotros, recogidos en la nocturnidad del mirador del piso 65, las mejillas pegadas al centímetro de cristal que os separa del vacío.



Escapáis heridos, pero vivos, antes de que la lluvia y la niebla acabaran por engullir la torre del villano.



Caéis de nuevo en la red universal de metro. Comprensible, acogedora. Se advierten peligros.



Pelando una capa más de intimidad, encuentras un botón que imita el sonido de una cisterna. Su función; proporcionar un telón de ruido que oculte el sonido de tus pedos, tus mierdas y pisos restallando contra las aguas.



El silencio es de los pasajeros, pero la ciudad no calla. Es una madre que prohíbe, aconseja, alarma, reprende.



¿Y al padre? Lo amansaron después de la orgía militarista de la era Taisho. Sobre sus restos se erige el Japón feudal del siglo XXI, petrificado por la derrota moral de la negación. El arte de Nakamura Hiroshi lo recuerda a quien quiere recordar.



Emergencia siguiente: el distrito de los sueños baratos.



Donde los hombres se follan a las niñas de mentira



Y las niñas de verdad rebuscan novios



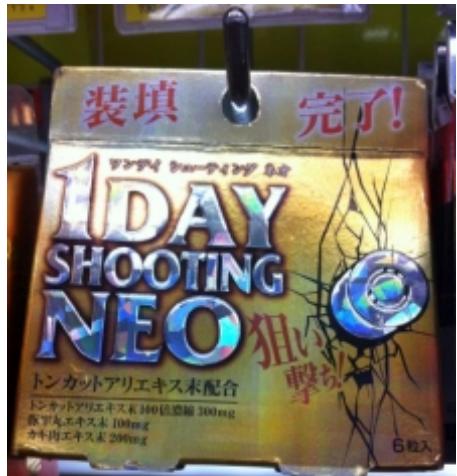
de saldo

Todo son visiones fugaces en

la placa fotosensible. El flujo de los circuitos de Sega, las recreativas diseñadas para ocultar los rostros entre camareras-muñeca. Las monedas tintinean a 8 bits de resolución, y una empecinada amargura atenaza las figuras sobre los mandos de la pantalla.



De vuelta al suburbano, el cuaderno de muerte: niños asesinos. Inmigrantes criminales. Madre Tokio dice: abre bien los ojos, ciudadano.



Encuentro en el Seven Eleven donde compráis noodles para cenar barato. Oficinistas mamados se hacen con sus afrodisíacos. Pollas-bala de 9mm, vaginas agrietadas por la potencia del disparo.

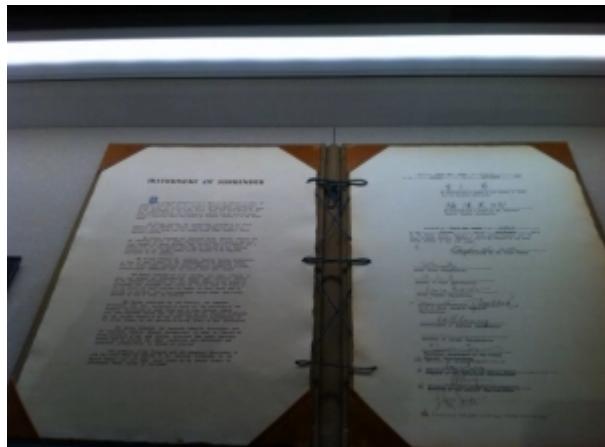


El esperpento del paisaje femenino; prostitutas, camareras disfrazadas de muñecas, amas de casa que quedan para comer pastel. Pero sobre todo, su ausencia. Erradicadas, escondidas, omitidas, borradas, ignoradas, eliminadas, prescindidas, fantasmales. Y bellas como solo puede serlo un deseo masculino.



En el museo, Historia de la Invención del Hombre Nuevo. El Oficinista Deconstruido. La dinastía Meiji cambió los trajes, las calles, los trabajos, la economía y la tecnología, para dejar las mentes

intactas.



Recordáis las fosas comunes en Nanjing frente a la carta de rendición japonesa de la Segunda Guerra Mundial. Los pasillos adyacentes explican un Tokio victimizado por los bombardeos. Ninguna mención al fascismo, al holocausto y la orgía bélica que los precedieron. De nuevo, la vergüenza del Japón feudal del siglo XXI, manifestada por sus silencios, sus omisiones.



La vuelta al sueño de Edo, el Tokio antiguo recreado por las maquetas gigantes del museo, os reconcilia con el feudalismo divertido de los samurais, las geishas y las fiestas del dragón.



Mientras afuera, en la maqueta real, los trenes nunca se detienen. Las multitudes no cesan. Cada noche es un estallido de energía.



Y ellos, tan fáciles de mirar. Siempre absortos. Siempre aislados. Siempre en silencio. Fundido en negro.



Nueva mañana, buscáis una de las escasas estampas clásicas. Quedan pequeños cementerios, encajonados entre los barrios abigarrados.



Únicos espacios libres de edificios, se utilizan como zonas de evacuación durante los terremotos. Zonas de muerte convertidas en reductos de vida. La huida constante de los muñequitos verdes por todos los mapas turísticos.



El desastre total, parte de la normalidad japonesa. En las exposiciones de arte contemporáneo, obras de los años 70 proyectan su siniestras previsiones sobre el presente.



Ante la magnitud de la tragedia existencial, queda huir hacia la fantasía. Tomar el autobús al museo imaginario de los Estudios Ghibli.



Visitar a los robots que guardan la ciudad entre la maleza del tejado. Cogerles la mano en silencio mientras cae el atardecer.



Pasar la tarde en los jardines imperiales con Teddy, su único amigo en el mundo.



Tomáis las escaleras finales.
Ascensión de salida.



Y de vosotros en Tokio, no quedó ni el paraguas.